



ÁNGELES OSCUROS
VOLÚMENES I Y II

Francisco Endrino

ÁNGELES OSCUROS
VOLÚMENES I Y II



Primera edición: julio 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Endrino

© Diseño de portada: José Ramón Rioja Álvarez

ISBN: 978-84-10400-18-4

ISBN digital: 978-84-10400-19-1

Depósito legal: M-17628-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Esta novela nació en una época de pandemia, de confinamiento y donde
nadie sabía dar explicaciones. Donde vimos muchos ángeles.
Y muchos de ellos trabajaban en la más absoluta oscuridad.
Sin medios y sin saber lo que pasaría.
Y aun así, salían cada día, todos los días a luchar contra algo invisible.
Dedicada a esos ángeles que hicieron posible que la vida se abriera paso
jugándose la suya propia, día a día.
Y a los que por desgracia nos dejaron.*

Y a mi hija María. La vida es un sueño, no dejes de vivir tu sueño.

ÁNGELES OSCUROS

VOLUMEN I

Quien roba a un ladrón...
Cuando Dios no te da justicia, vas a ver al diablo.

Prólogo

Nueve años antes.

Base de Taji,

A 27 kilómetros de Bagdad, Irak

El sol estaba en todo lo alto. Y ese día el termómetro llegaría otra vez a los 43 grados. Santiago era capitán de infantería, pertenecía al MOE¹ y era la tercera vez que estaba en Irak. Nadie lo sabía pero él y cuatro miembros más de su equipo eran miembros de la Unidad 111². La más secreta y la más desconocida de entre todas las unidades de Oes de las FAS³. Ellos no estaban allí para instruir a los iraquíes, no. Y no pertenecían al SOTG XIII (Special Operations Task Group). Su misión en ese país era adiestrar a la unidades del ministerio del interior en técnicas antiterroristas y de contrainsurgencia. Pero con técnicas más agresivas y menos convencionales. Santiago y sus hombres no iban de uniforme. Llevaban ropas sport. Más parecían asesores civiles que militares. Llevaban una gran barba y siempre iban con ropas paramilitares. Era viernes, el día más sagrado para los musulmanes y por lo tanto era como si fuera domingo para ellos. La unidad que tenían que instruir estaba descansando. No había actividad en la base. Solo unas charlas sobre IED⁴ en el aula de teóricas. Santi salió de la sala y

1 Mando de Operaciones Especiales del Ejército de Tierra español.

2 Para saber más sobre esta unidad del MCOE (Mando Conjunto de Operaciones Especiales) lee la novela del autor *El lado oscuro de la verdad*.

3 Fuerzas Armadas españolas.

4 Artefacto explosivo improvisado (del inglés IED).

cuando se disponía a irse a su barracón, vio que un tipo estaba mirando fijamente al otro lado de la valla de seguridad, en el *parking* de vehículos. Se fijó en que el calor no le afectaba. Este permanecía allí de pie, con la mirada fija en alguna parte. Entonces Santi sintió la presencia de alguien y al darse la vuelta, vio que era su segundo, Martín Bullón. Llevaban sin hablar varios días entonces dijo.

—Coño, Martín. Qué haces ahí.

—Lo mismo que tú. Ir a resguardarme de este puto calor.

—Sí. Llevamos aquí casi cinco meses y no logro acostumbrarme.

—No es el calor. Es la jodía humedad.

—Sí..., pero a estos iraquíes. No les... mira ese —señaló Santi.

—A sí. Esa es la zona de espera. La de los chóferes. Hoy como no hay actividad de entrenamiento hay visita. Ese vendrá con algún tío del ministerio. ¿Vas a dormir?

—Sí.

—Yo me voy con los demás a la cantina. Te apuntas —dijo Martín a modo de limar asperezas con su jefe—. Pepe nos va a preparar una sangría.

—Pero... no quiero rollos.

—Ah, venga, coño. ¿No pensarás?

—Ya sabes las normas. Y tú eres muy de saltártelas. O tengo que recordarte lo del otro día. Sin alcohol. Son órdenes.

—Y no lleva. Ha traído un vino de la Mancha, 0,0 que dice que hace una sangría cojonuda. Vienes. Venga coño apúntate.

—No. Me voy a sobar. Quiero llamar a Ana. Luego os veo. En la cena.

—Okey. Capi. Como quieras.

Entonces los dos se separaron y Santi se fue a dormir. Eran casi las seis y el calor era apremiante. Nada más entrar a su camarera puso el climatizador. Se tumbó en la cama y se puso cómodo. Abrió su ordenador y conectó Skype. Mientras conectaba, se quitó la camisa. Entonces escuchó la señal y sin más dijo.

—Hola mi vida.

—Hola. Mi amor —entonces Santi se emocionó al ver a su mujer, con su hijo Alonso en brazos. Este apenas tenía tres años.

—Dile hola a papá —dijo su mujer.

—Hola. Papi.

—Hola, campeón. Estás cuidando de mamá y de la hermanita.

—Sí. Mama duele tripita.

—Ana. ¿Qué dice el Niño? —preguntó preocupado.

—No te preocupes. No te dije nada ayer por no alarmarte.

—Alarmarme. Me gustaría saber cómo lleva mi mujer el embarazo. Nada más.

—Nada. No ha sido nada. Además tu hermana me acompañó al hospital.

—¿Y?

—Pues eso. Que tu hija está a punto de caramelo.

—Joder. Y yo aquí. Me cago...

—Santi. Ya hablamos de eso. No te preocupes. Yo me aguanto con esto. Pero tú me prometes que cambias de destino en cuanto vuelvas.

—Ana no es tan fácil.

—Fácil. Esto sí que es difícil. Con un bombo de ocho meses y tu hijo que no para quieto.

—Bueno, tranquilízate —en ese momento Santi vio cómo su mujer comenzaba a llorar.

—Ana..., mi vida. No llores, joder. Que si no...

—Que si no qué. Santi, estoy muy sola. Y estoy muy agobiada. Y si te pasa...

—No. No me va a pasar nada. Aquí solo te mata el calor —entonces Santi sintió un acaloramiento de repente. Y se levantó.

—Santi..., qué pasa.

Entonces este se puso delante de la pantalla y dijo.

—Nada. El puto aire acondicionado.

—¿Se ha roto?

—No sé. Bueno, tú estás bien.

—No. Esta niña parece que quiere salir antes de tiempo.

—No te preocupes, con un poco de suerte llego al parto. Aquí nos queda solo un mes.

—Cuarenta y tres días —dijo esta muy escueta y muy vehemente.

—Joer. Los llevas contados mejor que yo.

—Sí. Tengo muchas ganas de que vuelvas —hizo una pausa, y volvió a emocionarse. Luego se limpió las lágrimas para que su hijo no la viera y dijo—. Antes de tener a los niños. Lo llevaba mejor. Pero esta misión. Solo hago que pensar.

Santiago miraba a su mujer y se emocionó él también. Entonces sin más dijo.

—Bien. Esto es lo que vamos a hacer. Te prometo que en cuanto vuelva. Hablo con el general y pido destino en Rabasa como instructor.

—En Rabasa. Te lo dije. Ya hablamos de eso. Yo no quiero irme a vivir a Alicante.

—Joder, Ana..., entonces.

—Pues pide destino..., aquí en Madrid.

—Ana. Lo hemos hablado muchas veces. En Madrid hay muy pocas unidades que puedan...

—El que, dilo.

—No digo nada. No quiero que te agobies más. Mira, si es necesario moveré Roma con Santiago. Pero no quiero que te disgustes más. Te dije que esta iba a ser mi última misión. Y lo va a ser..., pero no me pidas imposibles.

—Imposibles.

—Cálmate. Por favor. Cuando vuelva ya veremos que hacemos.

—Vale. Vale. Tengo que dejarte. Tengo pediatra con Alonso.

—Muy bien. Te quiero.

—Dile adiós a papa —dijo Ana cogiendo de nuevo a su hijo.

—Ayos.

—Adiós, mi Niño. Te quiero. En muy pocos días, nos veremos. Y ya verás lo que te voy a llevar.

El niño le sonrió. Entonces Ana dijo acariciando la pantalla.

—Te quiero. Por favor cuídate.

—Te quiero. Mañana hablamos. Y me cuentas. Voy a ver qué coño pasa con el aire.

Ana sonrió y Santi se alegró al ver que le había sacado una sonrisa, luego está dijo para despedirse.

—Te quiero.

—Y yo.

Entonces Santiago desconectó Skype. Miró el calendario que tenía colgado de la puerta y dijo.

—Cuarenta y tres días, mi amor. Cuarenta y tres —en ese momento las gotas de sudor le sacaron de sus pensamientos oscuros. Se puso las chanclas y salió para ver al encargado de mantenimiento. Ya en la calle anduvo unos pasos. El sol le recibió inmisericorde. Lo deslumbró, se tapó los ojos. Entonces se cruzó con un hombre. No le prestó atención solo era un iraquí más. Eso lo sabía por sus ropas y por el bigote. Todos los iraquíes mayores de 25 años lo tenían. De soslayo vio que iba fijó en algo y como mascullando algo. No le prestó atención. Solo quería llegar al barracón de mantenimiento. Llegó a la puerta y estaba cerrada. Entonces el calor no le dejó pensar mucho, sin más se fue a la entrada del puesto de guardia. Allí le podrían decir la extensión del dichoso encargado del aire. Entro y saludo. Un soldado se levantó y le preguntó.

—¿Que quiere?

—Hola. Soy el capitán Garra.

—A sus órdenes.

—Me puedes decir la extensión de mantenimiento.

—¿El aire otra vez?

—Sí. Y este puto calor.

—Sí. Por suerte el que tenemos aquí es independiente.

—No me extraña que esos chóferes quieran irse a tomar algo. Allí fuera ni el aire de los coches te salva.

—¿Qué chóferes?

—No. Esos. Los que esperan allí fuera. Vi como uno iba para dentro.

—¿Cómo para adentro? Esos tíos tienen prohibido entrar.

Entonces a Santiago se le abrieron mucho los ojos. Y un horror se le pasó por la cabeza. Entonces pensó en el tipo con el que se había cruzado. Sin pensárselo salió corriendo. Cruzó la calle y entonces giró la cabeza y vio el barracón de la cantina y al tipo allí parado. Corrió, y vio como este entraba dentro. Corrió todo lo que pudo. Tanto que perdió las chanclas. Llegó a la puerta y al abrir, la poca luz lo deslumbró, pero pudo ver como el tipo se ponía en medio de la sala entonces cuando iba a cogerlo, este alzó los brazos y Santi vio como sostenía una granada en su mano derecha. Y vio como los que estaban más cerca eran sus compañeros. Luego el tipo gritó.

—¡*Ala akbar!*

Santi no se lo pensó, lo cogió por detrás e intentó quitarle la granada. Cayeron al suelo y forcejearon. El terrorista intentaba soltar la granada. Y al final esta cayó.

Ana estaba sentada en la mesa, se había mudado a casa de sus padres hasta que diera a luz. Estaba sentada comiendo, con su hermana y sus padres. A su padre le gustaba comer mientras veían el telediario. Este comenzó con su habitual música de apertura.

—Avance informativo. Dos militares del contingente español en Irak han sufrido un atentado. Según fuentes del ministerio el capitán Santiago Garra García ha fallecido y el soldado Josué Arias Gómez está muy grave...

Ana dejó caer el vaso de agua y sin más se puso a llorar, luego gritó.

—¡Noooooooooooo!

I

Desesperación: Pérdida total de la esperanza.

Madrid.

Nueve años después.

Ana acababa de dejar a sus hijos en el colegio. Miró al asiento de atrás y luego a su suegro y dijo.

—Anda vamos que luego aparcar en el hospital es muy complicado. Contra antes vayamos antes saldremos.

—Sí, vamos. Es que me preguntaba lo deprisa que pasa el tiempo. Hace cuatro días la niña jugaba aquí. Y dentro de unos meses hará la comunión..., si su padre la viera —entonces Ana comenzó a llorar. Su suegro la cogió de la mano y dijo.

—Hija..., mi hijo estaría muy orgulloso de cómo estás criando a sus hijos. Fue un gran hijo, de lo mejor que ha parido este país. Un héroe para muchos. Es hora que le honres, solo con su recuerdo. No te mortifiques más. Anda vamos.

—Sí. Vale. Es que a veces pienso en que hubiera pasado si ese aire no se hubiera estropeado.

—Pues que Santi seguiría vivo y muchos soldados muertos. Hizo lo que tenía que hacer. Ya está. Murió haciendo lo que más le gustaba..., defender a los suyos. Venga, vamos a ver qué nos dicen esos matasanos.

—Qué puede ser. La cita la teníamos para agosto.

—No te preocupes. Venga. Ponte el cinturón.

Llegaron al hospital 12 de Octubre. Y Ana se bajó del coche mientras su suegro se iba y metía el vehículo en el *parking* que estaba cerca del edificio de pediatría.

Ana llegó a la sala donde la habían citado. Se sentó y sin más sacó su móvil. Miró las noticias. En los periódicos digitales. Tenía ganas de volver a trabajar. Era enfermera en el hospital Gregorio Marañón. Pero la depresión que tenía la había dejado fuera de la

vida laboral muchos meses. De vez en cuando recaía y llevaba unos días que se sentía mejor. Dejó de mirar los periódicos y abrió el Facebook. Miró las publicaciones nuevas y de repente saltó un recordatorio. Era de hacía diez años. Lo miró y se emocionó. Eran de las vacaciones justo antes de que Santi fuera desplegado en Irak. La semana de navidad que pasaron en un pueblo de Alemania. De repente una lágrima cayó justo en la pantalla del móvil. La limpió y tapándose la cara. Salió de Facebook. En ese momento.

—Ana Garcés.

—Sí. Soy yo.

—Pase. La doctora Merello la está esperando.

Sin más Ana se levantó y entró en la consulta. En esta estaban la doctora y un hombre.

—Hola. Siéntese.

—Hola.

—Bueno. La hemos llamado porque hemos detectado un cambio en los análisis de su hija.

—¿Cambio? ¿Qué cambio?

—Se acuerda la enzima que estábamos vigilando.

—Sí. Pero me dijeron que no era grave.

—Ya. Sí. Pero esto ha cambiado. No sabemos por qué..., y nos tememos que su hija está en peligro. Debe someterse a tratamiento... ya. De inmediato.

—¿Pero de qué estamos hablando?

—Mire..., ¿la puedo tutear?

—Sí, claro.

—Ana. Su hija tiene AML.

—No entiendo. ¿Qué quieren decir esas siglas?

—Leucemia mieloide aguda. Leucemia. La más severa. Ahora está bien. Pero le aseguro y esto es un hecho. Que en unas semanas si no actuamos su hija, por desgracia empeorará.

Ana apretó la boca, pero sus labios comenzaron a temblar y sin más se le saltaron las lágrimas. Luego miró a los dos y preguntó.

—¿Pero es grave? ¿Qué tipo de leucemia?

—Del tipo uno. La más severa. Si no comenzamos el tratamiento, la vida de su hija corre peligro.

—Pero..., por favor, sea más concreta.

—Si no la tratamos..., puede... —pero Ana no la dejó terminar.

—¿Cuánto? Me refiero cuánto tiempo tenemos.

—Depende. Al haber sido descubierta en su estado muy precoz puede que tres, seis meses, tal vez un año. Con esto nunca se sabe. Pero el tiempo es vital. Cuanto antes comencemos el tratamiento, su cuerpo nos dirá que quiere hacer.

—¿Cómo que, qué quiere hacer? —preguntó más extrañada aún Ana.

—Si, por desgracia hay cuerpos que cuando se empieza el tratamiento no reaccionan como nosotros esperamos. Tardan en comenzar a luchar.

—Pero si ella está bien.

—Sí. Como le he dicho antes, esto es muy variable. Pero esto no es una gripe. Los síntomas aparecerán de repente. Mañana o tal vez dentro de dos meses. Pero en cuanto aparezcan —la doctora la vio muy afectada y entonces cambió el tono.

—No se preocupe. Lo hemos detectado muy pronto. Si nos ponemos ya, te aseguro que María no morirá.

—Pero entonces que... donde. Y ese tratamiento. Es aquí.

—Lo único. Bueno, aquí tenemos los mejores médicos. Pero si yo fuera usted.

—¿Qué?

—Yo me la llevaría a EE. UU. Allí hay una clínica especializada en estos casos. Y tienen un 98 % de casos que salen adelante..., lo único es que...

Ana muy emocionada y con lágrimas vio la duda de la doctora y dijo.

—Qué.

La doctora miró a su ayudante y dijo.

—Bueno, el tratamiento no baja del medio millón de euros. Y si se alarga le puede costar casi el millón. Son caros porque son muy efectivos. Es un año más, menos. Sé que es mucho dinero. Pero... no sé cómo decirte esto. Si no actuamos su hija corre verdadero peligro.

—Un millón. Ay, Dios mío.

Ana se puso a llorar desconsoladamente al ver la vida de su hija en manos de un dinero que no tenía.

Tanto la doctora como su ayudante se emocionaron también e intentaron consolar a Ana. Esta cogió la documentación para ingresar a María lo antes posible. Y salió de la consulta. En ese momento vio a su suegro que venía. Este al verla tan afligida dijo.

—Ana... ¿Qué pasa?

—Boni..., la niña.

—¿Qué?

Ana no lograba articular palabra entonces su suegro nervioso la cogió por los hombros y dijo.

—¡Por Dios, habla! ¿Qué? Di.

—Que tiene leucemia. Que se nos muere.

—Pero cómo es eso. Así, sin más.

—La enzima esa. Ha cambiado. Y no sé qué leucemia milo... no sé qué aguda.

—Pero tendrá tratamiento.

—Sí, pero...

—Pero qué. Habla de una vez, por Dios.

—Bonifacio. Aquí hay tratamiento por la seguridad social..., pero no te aseguran que la niña... salga.

Bonifacio se rascó la barba y entonces dijo.

—Ven, salgamos de aquí. Vamos a tomar algo. Un café te vendrá bien.

Se fueron a un bar cercano. Y cuando Ana removía el líquido negro. Su suegro que volvía de fumar dijo.

—He hablado con un amigo mío.

—¿Quién?

—Fue jefe del hospital de la defensa. Conoce a un americano.

—La doctora me dijo algo de un tratamiento en los EE. UU., pero es muy caro.

—Por el dinero no te preocupes.

—Como que no. Ese tratamiento aquí, no te asegura que la niña salga adelante, pero allí sí. Al 98 %. Pero cuesta más de medio millón.

—Ya te he dicho que por eso no te preocupes. Si la vida de mi nieta depende del dinero. No es problema. Para eso tengo mis ahorros.

—Pero tú tienes tanto dinero.

—Sí. Amasé algo de dinero, y mi amigo José Mari. El que trabaja de director en la sucursal de DinerBank de puerta de Toledo. Me asesoró para que invirtiera en un producto.

—El qué. No te fíes.

—Es algo relacionado con las ganancias del banco. Un plan de inversión. Si ellos ganan. Tú ganas.

—¿Y has ganado mucho?

—Sí. Lo suficiente.

—No sé cómo te lo podré pagar.

—No me lo tienes que pagar. No te creas que por que estás sola, estás sola. Por desgracia eres lo único que me queda de mi hijo. Tú y mis nietos. Y mi nieta no va a morir. Mientras esté aquí su abuelo.

Ana se puso a llorar, se abrazó a su suegro. Y entonces este la vio sonreír.

—Anda acábate el café. Te dejaré en casa de tus padres. Si quieres subo contigo y se lo decimos.

—Vale. Sí. No sé cómo se lo voy a decir.

—Bueno, ahora lo veremos.

Llegaron a Leganés y cuando estaban en la puerta del adosado de los padres de Ana esta dijo.

—Gracias Bonifacio. Creo que no hará falta que subas. Me encuentro mejor.

—Seguro.

—Sí.

—Anda entra y no te preocupes. Todo va a salir bien. Ahora mismo voy a ver a ese banquero.

—Gracias suegro. Eres el mejor.

Entonces se despidieron con dos besos. Ana se bajó del coche y se fue para la casa.

Bonifacio llegó a su casa, aparcó el coche. Cogió su portafolio y salió a la calle para coger un taxi. Al poco pagaba y se bajaba del vehículo, cerca de la plaza. Llegó a la caja. Entró. Se sentó en una silla esperando que le atendieran. Se fijó en que el despacho de su amigo José estaba cerrado. En eso llegó una joven que le saludó.

—Hola buenos días Bonifacio.

—Hola. ¿El director no está?

—No. Está en una convención de directores en la Coruña. Si quiere yo puedo atenderle.

—¿Y el subdirector?

—Señor Garra. Yo soy la subdirectora.

—Ah. Perdón. No sabía. Bien. Es un asunto que me urge.

—Bien en ese caso acompáñeme a mi despacho.

Bonifacio se levantó y siguió a la joven. Subieron las escaleras y entraron en una sala con varios mini despachos. Se pusieron cómodos y entonces ella dijo.

—Y bien. Que puedo hacer por usted.

—Necesito disponer de mi cuenta azul.

—Veamos. Dígame su número de DNI.

Este lo enumero y al momento. Ella comenzó a ponerse muy nerviosa y dijo.

—Su cuenta estaba ligada a las primicias del banco ¿no?

—Sí. Algo de eso me dijo Josemaría.

—Bien veamos.

Pasaron unos tres minutos eternos entonces Bonifacio impaciente preguntó.

—¿Pasa algo?

—Ehhh. No, un momento —esta se levantó y salió. Tardó más de diez minutos en subir. Se sentó de nuevo y dio la vuelta a la pantalla del ordenador y, dijo.

—El director le advirtió sobre este producto ¿no?

—A ver que me está queriendo decir.

—Pues que este producto está ligado a las primicias ganancias en bolsa del banco. Si el banco gana, usted gana. Y hasta ahora ha ganado mucho. En su cuenta había casi dos millones de euros.

En ese momento Bonifacio se estremeció nervioso en su asiento. Comenzó a sudar, sacó un pañuelo. Se secó el sudor. Y dijo muy preocupado.

—¿Cómo que había?

—Sí. Había. Su cuenta al estar ligada a las primicias ganancias del banco en bolsa es la que primero gana, si se gana. Pero es la primera que pierde, si se pierde. Y con la crisis del petróleo el banco ha perdido mucho. Se invirtió mucho en los pozos de petróleo de Qatar..., pero no eran lo abundantes que se creía.

Bonifacio se comenzó a poner nervioso y a tener sudores fríos. Y dijo.

—Pero. ¿Y mi dinero?

—Su dinero..., ehhh, ahora solo dispone de 100.000 euros en esta cuenta. Pero lo que me extraña es que el director no le haya avisado.

—No sé. No abro el correo todos los días. Y el teléfono, no ha sonado. Josemari es mi amigo desde siempre, él me habría avisado pero me está diciendo que esos dos millones ya no están.

—Tuvo que haberlos sacado. No sé. Este producto era muy arriesgado, si no se controla. El director ha estado de baja dos semanas y ahora, está en convención exprés. No le puedo decir más. Espere a que venga, pero está claro que... —entonces Bonifacio se levantó y se fue a la ventana. Luego miró a la mujer y esta dijo al verlo sudar.

—¿Se encuentra bien?

Bonifacio no dijo nada, se apoyó en la silla y se desplomó de repente.